

*Vernacular Latin Americanisms. War, the Market, and the Making of a Discipline* por Fernando Degiovanni. Pittsburgh, PA: University of Pittsburgh Press, 2018. 248 pages.

Sin limitarse al contexto estadounidense, este trabajo escenifica la escisión del latinoamericanismo entre hispanistas peninsulares, académicos estadounidenses e intelectuales latinoamericanos, quienes configuraron agendas de investigación diferenciadas y espacios de reflexión inseparables de preocupaciones geopolíticas y comerciales, entre 1900 y 1960. Desde la historia intelectual y la sociología cultural, Degiovanni desecha esencialismos y relatos hagiográficos. Su mirada a escala continental supera discusiones estancas e inútiles para aprehender las implicaciones de los múltiples lugares de enunciación de los saberes latinoamericanistas.

El adjetivo “vernáculo” es sumamente sugerente, pues como lo recuerda el autor, al mismo tiempo se refiere a una espontaneidad, opuesta a saberes sancionados y a la etimología “varna” que remite al “esclavo nacido en casa del amo.” Así, el estudio traza una genealogía de latinoamericanismos espontáneos, y de otros que, nacidos en Estados Unidos, llevan un eco etimológico. Referirse a estos saberes como “vernáculos” considera además sus lugares de enunciación sin suponer que el derecho a la producción discursiva sobre la región radica en algún punto fijo y hace emerger esa “competencia de miradas, de desplazamientos geográficos y [esa] transformación constante de perspectivas políticas y epistemológicas” (6, mi traducción).

Echando mano de archivos poco explorados y de nuevas lecturas de documentos fundadores, Degiovanni muestra la emergencia del campo babélico y escindido del latinoamericanismo, para definirlo como la “serie de saberes articulados en torno a la idea de Latinoamérica como espacio unificado cuyo objetivo último es la integración continental” (2, mi traducción). Desde la guerra hispano-cubana-norteamericana de 1898, pasando por las dos guerras mundiales y la Guerra Civil española, hasta el comienzo de la Guerra Fría, las conflagraciones bélicas han sido fundamentales para definir distintos latinoamericanismos.

El primero surge de la mano de la política exterior panamericanista y de su transformación en la retórica estadounidense del “buen vecino,” para después apuntalar la hegemonía hemisférica de Estados Unidos frente a Europa. Así, Jeremiah Ford, Alfred Coester, Isaac Goldberg y Sturgis Leavitt construyeron una “literatura latinoamericana,” promocionaron el aprendizaje del español y proporcionaron los materiales necesarios para hacerlo. Entre los haberes del grupo, Degiovanni documenta la fundación del primer Centro de Estudios Latinoamericanos en 1929 (*Harvard Council of Hispano-American Studies*), la recomendación de intelectuales latinoamericanos para la cátedra Norton y la publicación de traducciones y antologías literarias que apoyaban una representación de la región acorde con la política exterior estadounidense para Latinoamérica. Las antologías literarias, cuidadosas recopilaciones de

autores latinoamericanos traducidos al inglés y presentados como amigos de Estados Unidos, cumplieron con la misión de representar a la región y de convencer a sus lectores de que esta literatura permitía aprehender las mentalidades de sus élites, conocer sus defectos y prevalecer en negociaciones comerciales. En ese sentido, Degiovanni concluye que Ford y sus discípulos fueron cómplices de un proyecto imperial motivado más por una “fobia,” que por una “filia.” Desde posiciones institucionales prominentes, Ford y sus discípulos se opusieron al hispanismo peninsular, segundo bando presente en el universo intelectual e institucional estadounidense.

Tras la inauguración del Canal de Panamá, la campaña a favor de la enseñanza del español y el comienzo de la Primera Guerra Mundial, Federico de Onís tomó a su cargo el programa de español de la Universidad de Columbia. En los “estudios hispánicos” impulsados primero por de Onís, y tras la Guerra Civil española, por Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Jorge Guillén y Pedro Salinas, confluyeron distintos intereses coloniales: “mientras Estados Unidos buscó extender su influencia hemisférica derrotando a España y apropiándose de sus últimas colonias, España buscó imponer su visión hegemónica del hispanismo en Estados Unidos” (66, mi traducción). Para dotar a la misión de asideros institucionales, de Onís fundó el Instituto de las Españas (1920) y nació *Revista Hispánica Moderna* (1934). *Noblesse oblige*, las antologías literarias construyeron imágenes precisas de la región y del hispanismo. *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (1934) e *Iberoamérica: su presente y su pasado* (1941) propusieron lecturas unificadoras de la literatura en español, construyeron su producción literaria como heredera de una “España eterna” e imperial y apuntalaron una modernidad hispánica transatlántica frente a la idea de mestizaje.

*First come, first served* resumiría adecuadamente la reivindicación imperial hispánica en este contexto, pues el hispanismo que de Onís proponía no representaba a los hispanohablantes, sino a las aún palpables huellas imperiales. En general, y a diferencia de otros españoles exiliados en Latinoamérica, las posturas políticas y académicas de los hispanistas tendieron a respaldar la política exterior estadounidense y los regímenes dictatoriales que proliferaron en la región a partir de 1930. Al comenzar la Segunda Guerra Mundial, sus tareas se reforzaron con la fundación del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (1938), cuya *Revista Iberoamericana* se sumó a la campaña hispanista. En 1940, la invitación a Henríquez Ureña para ocupar la cátedra Norton de Harvard coronó el éxito de la fusión del hispanismo peninsular con un latinoamericanismo estadounidense: el invitado, un latinoamericano que reivindicaba la autoridad de la cultura criolla y respaldaba a la vez la unidad hemisférica, fue considerado como un “eminente intérprete de la América española [*Spanish America*] para el mundo” (139, mi traducción).

Un tercer bando se consolidó, en un primer momento, en los proyectos de Manuel Ugarte y de Rufino Blanco Fombona; y a partir de los años treinta, los de Luis Alberto Sánchez. Ugarte y Blanco Fombona encarnaron un nuevo tipo de intelectual, “el organizador

cultural latinoamericano que hace a un lado la retórica anti-utilitaria y espiritualista sobre la región y aborda el asunto de la integración regional desde un punto de vista económico” (20, mi traducción). Ambos buscaron la integración regional, oponiéndose a los intereses estadounidenses y sirviéndose de la “escenificación del intelectual” en intervenciones públicas, al margen de instituciones oficiales. Aunque Ugarte y Blanco Fombona defendieron la unidad regional con base en un idioma y una herencia europea compartidos –argumentos muy semejantes a los de los hispanistas–, su oposición a Estados Unidos no atacó su “vulgaridad” o “pragmatismo”; sino su creciente monopolio tecnológico. Ambos buscaron combatir representaciones panamericanistas, difundiendo masivamente un repertorio textual latinoamericanista ya consagrado. Por promover alianzas con Alemania e Inglaterra, este latinoamericanismo provocó reticencias en un Estados Unidos preocupado por conjurar la presencia europea en el continente. Por su parte, *La historia de la literatura americana (desde sus orígenes hasta 1936)* de Luis Alberto Sánchez (1936) fue un eslabón más en esta cadena de latinoamericanismos surcados por guerras e intereses comerciales. Los vínculos de Sánchez con el movimiento aprista y su consecuente exilio lo llevaron a proponer un antiimperialismo sustentado en alianzas entre diferentes clases sociales y en una producción cultural local autónoma. Sánchez postuló una “socioliteratura” que vinculaba literatura y acción política. Su *Historia* descartó la opacidad filológica del hispanismo y rastreó un linaje de luchadores sociales latinoamericanos. En su defensa de la autonomía cultural, Sánchez buscó construir una comunidad extraacadémica que, a través de la lengua, articulara saber y acción política a escala transnacional. Desde Editorial Ercilla, distribuyó libros a bajo costo en las principales capitales latinoamericanas y promovió cursos de literatura latinoamericana para crear formas de sociabilidad transformadoras. Con todo, tras la Segunda Guerra Mundial, Sánchez fue cooptado por la campaña antifascista estadounidense cuando fue invitado a dar una gira de conferencias en ese país.

Esquemáticamente estos tres bandos se distinguen, pero los límites entre ellos no son tan claros. Degiovanni muestra nítidamente sus coincidencias y negociaciones. Por ejemplo, con *Literary Currents in Hispanic America*, y su posterior traducción en el Fondo de Cultura Económica, Henríquez Ureña sintetizó hispanismo y latinoamericanismo estadounidense, pero también su catálogo para la Biblioteca Americana del Fondo reconstruyó la Latinoamérica de la reforma universitaria y una intelectualidad latinoamericana unificada al margen de Estados Unidos. La traducción al inglés de *El hombre de oro* de Blanco Fombona, en la editorial Brentano a cargo de Isaac Goldberg, es otro ejemplo de estos claroscuros, aunque quizá el más representativo sea *la Historia de la literatura hispanoamericana* de Anderson Imbert, el cual es un “latinoamericanismo doméstico,” aunque concebido “fuera del área.”

El latinoamericanismo literario que Degiovanni estudia desbarata la confusión onomástica entre “Hispanic Studies” y “Latin American Studies” que en Estados Unidos aún da lugar a no pocos absurdos. También permite repensar el papel de los intelectuales y la literatura en contextos críticos para consolidar agendas geopolíticas y comerciales. Una contribución más muestra cómo este latinoamericanismo literario compitió con disciplinas universitarias como la historia y la geografía, y a partir de la posguerra, con los estudios de área. Este énfasis en la producción y crítica literaria latinoamericanista es además prometedor para la traductología, pues considerar el hispanismo estadounidense como una *traslatio imperii* y revalorar el papel de ciertas traducciones en el escenario latinoamericanista invitan a pensar la traducción más allá de traslados entre polo fuente y polo meta y a cartografiar las transformaciones discursivas que resultan de desplazamientos lingüísticos y geográficos.

Nayelli Castro  
*University of Massachusetts, Boston (EE.UU.)*